



Provisión "Vaca Azul", con la muestra pintada, naturalmente, de azul, debajo del farol de la esquina. (Fotografía De Grandi.)

A SI era. La Vaca Azul; tal como suena. Aunque no como sonaba en el Treinta y Tres de aquellos tiempos, acostumbrado a llamarles "al pan, pan y al vino, vino"; y pampa, overa, colorada, rosilla, mascarada, salina, hosca, barrosa... hasta azulaje a la vaca "más pintada". ¡Pero azul... ni pintada!

Pues pintada de azul — con algunas manchas blancas, más por conciliar que por convencimiento — allí, a la entrada de su boliche, la puso el Rubio Fernando Mila. De lo que debió soportar por causa de aquel animal con semejante color, sólo él sabía; o acaso alguno de sus más íntimos, como el Sapo, el Chuto, el Cuzco, los Zorros... Pero bien que alcanzaría para llenar todo un capítulo de la historia doméstica del pueblo viejo.

Hubo diarios y revistas de Montevideo que se ocuparon del asunto. Hubo quien vino y de lejos, expresamente a conversar con el Rubio sobre mamíferos y colores, haciéndole cada pregunta que más bien parecía de policía de investigaciones que de simple curioso. Hubo quien se pasó su media hora y más, parado firme frente a la puerta del boliche, mirando menos el cuadrado con la vaca, que estudiando al bolichero, cuando lo veía distraído en despachar a algún cliente. Hubo también — y sería una lástima que no lo hubiese habido — quien después

Recuerdos de Treinta y Tres

de costearse un par o una docena de leguas a ver con sus propios ojos la famosa Vaca Azul, cuyas mentas habían recorrido el Departamento y zonas fronterizas, después de examinarla un rato saliera comentando:

— Pero, ¿quién se le puede ocurrir una semejante vaca?!...

— ¿Qué le halla, don?

— ¿Cómo qué le halla? ¿No ve qu'es una vaca lechera?

— ¿Lechera por qué?

— Pues la pinta del animal lo'stá diciendo. Ubre, pachorra y eso...

— Bueno, ¿y? ¿Qué tiene que sea lechera?

— ¿Qué tiene? Tiene... que no puede tener lo que tiene. ¿Agarra?

— Sí. Pero, ¿qué es lo que tiene, que no puede tener?

— ¿No se da cuenta?

— Francamente, no.

— ¡No se da cuenta!...

— No me doy cuenta.

— ¡Pues, guampa entera, hombre!... Fijese, va'ver... ¿De ande habrán sacau?!...

Todo esto, sin contar las discusiones, las risicadas, hasta ciertas insinuaciones pesi-

mistas sobre el orden de la cabeza del dueño de casa. Canario hubo que al pasar por la carretera y encontrarse de golpe con la vaca, sofrenó el mancarrón, se afirmó con los pies en los estribos y las manos en la cabezada del recado, echó el cuerpo para atrás y se estuvo allí carcajeando como en cancha propia. Todo esto y mucho más debió soportar el Rubio Mila, y lo soportó calladito la boca. Como quien oyera ladrar, lo soportó.

Pero tal vez lo que nadie le dijera entonces, y sin tal vez lo que nadie le dice ahora a Fernando Mila, es que Fernando Mila fue un precursor, precisamente por la idea de aquella vaca así coloreada. Un precursor él, y por reflejo, Treinta y Tres, tierra donde la idea echó raíces, pesara y escandalizase a quien pesara y escandalizase.

¿Quién se lo iba a decir por aquellos tiempos de vida monocroma, cuando todavía la gente era capaz de extrañarse de sólo oír mentar el verdor de una esperanza, y de quedar colorada hasta las orejas por cualquier cuentito de color más o menos subido? ¿Y quién se lo va a decir hoy, cuando hasta un gurisito diente de leche es capaz de sentar tesis sobre "la policromía de la absurdidad", o de salir escribiendo una "oda verde a la salobre suavidad sinfónica del más inocente perfume ocre"?

*

Pero no habría de ser sólo eso, ni mucho más como eso que podría sacarse a luz, el único motivo para la inclusión de la Vaca Azul entre estas evocaciones pueblerinas. Hay razones menos visibles — por menos fáciles de mostrarse a los ojos — en la raíz misma de estos recuerdos. Son las razones del cuerpo y del alma; aquellas que sólo pueden traducir, a veces, las palabras "mío" o "nuestro". Muchas veces hemos pensado — más bien sentido — que mejor título que el que llevan estas notas, podría ser el de "Recuerdos de mi Treinta y Tres". Tal vez ese título lograra por sí solo, decir mucho más de lo que puedan decir todos estos relatos juntos. En estas cosas donde campea el afecto tan a sus anchas, suele ocurrir así. A veces toda la clave está en una palabra. Y aquí la palabra sería la más chiquita de la frase: ese posesivo "mi". "Mi" Treinta y Tres; este que está aquí, en este punto del espacio y del tiempo, en este punto de la sangre, los huesos y el alma que se llama "yo".

Aquí está la prueba. Todo lo que me viene buscando demostrando que sólo por "vaca" ni sólo por "azul", la Azul merece esta nota. Pues con que estaba mi casa paterna, salta aquella de comodidad que infunde confianza para seguir hablando tranquilamente con el camino que buscaba para seguir el final; y siga ahora por él, ayudado por una infinita serie de supuestos que me habrían que sustituir con fogatas de purgatorio. En una palabra, se siente sobre aquella afirmación sobre mi casa paterna, quedara colocada la piedra fundadora de esta nota.

Si, allí, a pocos pasos de la esquina estaba la Vaca, bajando por esta calle, estaba nuestra casa. La última que ocupó mi familia, desde los ocho gajos, tras el liceo para nosotros, que traspusiera para siempre el Olimar sesenta leguas por cinco departamentos, dando la Universidad para nosotros.

Era una casa antigua y blanca, con seis aberturas a la calle y cuatro hermosos álamos carolinis al frente. Ocupaba su inmenso terreno, la cuarta parte de una manzana, incluyendo la esquina de Canario Rojas y Panteleón Artigas. Tenía espléndido patio con una primera fila de cotorras y gorrones, un pitanguero y rios laureles. Tenía quinta grande de canteros de seis por veinte, donde con-

LA VACA AZUL

hermano Juan Carlos debíamos "carver y tirar" el pesito de los sábados. Tenía un corral donde debíamos "ordeñar" los cinco reales de entresemana. Y tenía — ¡oh licia! — un inmenso galpón solitario, dividido horizontalmente, en cuyos moederos altos nos constituimos con el más famoso "cotorro" de todos los tiempos y lugares, una ventana y escalera postiza a la calle, instalaciones para mate amargo, siesta completa y todos los etcéteras imaginables.

Eran tiempos de pejadera, aquellos bailes, cine, bailes, tabaco, caña y demás necesidades de hombres entré los cuarenta y dieciocho años, no eran exigencias que nos dieran atenderse con el peso y precio semanales provenientes de nuestras obligaciones de quinta, corral y a veces picadero, pero había también leña que daba miedo (y a la bía). Ni podían tampoco atenderse con los dos pesos a que solíamos hacer llegar aquella cantidad, a punta de rogativas a la señora; ni con los tres pesos cuyo tope de los conseguíamos a veces hacerlo marcar en el ojo, en gestión aparte y "de bigote a bigote".

No alcanzaban. El sábado y el domingo eran como una correntada para el bolsillo se llevaban hasta el último vintén. Desde el primero se hacía sentir la crisis en las provisiones de tabaco. Todavía el día transcurría sin mayores problemas. Pero en las primeras horas del martes, entre el mate y el estudio parecían ponerse de acuerdo para hacernos pasar necesidades. Eran zaban las apreturas para estirar la borrita del paquete. A media mañana estábamos fumando casi puro papel. mediodía, ya ni papel. ¡Era una triste historia. Los libros daban sueño; daba rabia el mate de tan livianito; hasta el mate parecían desgraciado duro de frío.

A media cuadra — a menos de una cuadra — pero a una legua que fuera estaba la Vaca Azul. Y allí, un estanque pleno de "rubia peluquilla". Mas costaba bueno, lo que costase; con que fuera un poquitito — sólo un centésimo — de nada, ya era una prohibición de altas horas de la semana. ¡Qué ganas que daban de tirar los papeles de contrabandista!...

"Y una mañana sucedió el milagro algo tan bello que cuesta creer", dice ya Valdés. Irrumpió la tabla de...



Ceremonia realizada en los salones de la Embajada de Francia al serle conferida la Legión de Honor a nuestro compatriota Adolfo Pastor, Director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, dibujante de mérito sobresaliente, cuyos valores artísticos que prestigian al Uruguay, han sido reconocidos en los grandes centros culturales, y puestos de manifiesto en este acto de merecido homenaje presenciado por distinguidas personalidades.

